

VERONA: ALGO MAS QUE UNA PLEGARIA

Los teatros, en vez de insistir con algunas de las obras maestras “populares” del pesarés (cada vez es más difícil hacerles justicia), harían mejor en refrescar la memoria del público sobre los valores del Rossini “serio”, que son enormes. Por ejemplo, este MOSE’ IN EGITTO, o sea la primera versión, de “acción sacra” en italiano. Sobre todo cuando se trata de algo más que una célebre plegaria en la que aún se palpa, entre el público italiano, que el significado cívico y moral se superpone al elevado valor musical. El duramente reconstruido Teatro Filarmonico de Verona trató de hacer las cosas con seriedad y responsabilidad (cosa no siempre obvia) y en gran medida consiguió su objetivo. Hoy la “Rossini rénaissance” parece haber pasado su cénit en lo que hace a voces, pero ha conseguido ampliar el repertorio “normal” del autor (del que debería formar parte esta obra) y establecer algunos criterios definitivos. Claudio Scimone dirigió la excelente orquesta y coro con buen estilo (si a veces la orquestación hacía difícil oír las voces, la culpa no es del director, que no se excedió en dinámica ni en ritmo). La puesta de Pier Luigi Pizzi, ya conocida, era sobria, oratorial, de buen gusto y con efectos de legítimo teatro. Giorgio Surjan fue un muy buen protagonista en todos los aspectos y su canto parejo en todo momento, seguido de cerca por Robert Gierlach (un Faraón a veces situado muy lejos en el escenario y no siempre con la proyección y la fuerza deseables -es más bajo que barítono, pero brilló en su aria y en algunos recitativos). Cecilia Gasdia (Elcia) conoce técnica y estilo, aunque su voz esté destimbrada y los agudos del final de su gran escena del segundo acto sean azarosos. La Amaltea de Paula Almerares (una soprano clara) fue bastante inaudible salvo en su gran escena, en la que obtuvo el mayor aplauso de la noche (aunque la sección final la puso en algún aprieto en los sobreagudos y en la homogeneidad del timbre), y en los agudos de los concertantes. Stefano Secco es un tenor lírico que no debería cantar Rossini: su Osiris fue engolado y forzado en centro y grave y sus notables medios en agudo y color no se avienen al autor y causan así mucho menos efecto (sus agüiades suenan a clase de conservatorio y no de las más perfectas). Mucho más interesante el Arón de ese excelente segundo tenor que es Francesco Piccoli. Que Rossini necesita excelentes cantantes aún en los comprimarios lo demostró con creces el insufrible Mambres de Stefano Consolini. “Dal suo stellato soglio” el maestro quizá no habrá siempre aprobado, pero lo fundamental es esta bienvenida demostración de que sigue tan vivo como siempre aunque se ponga serio, aunque a él eso lo debe tener -como siempre- sin cuidado.

Jorge Binaghi